



CAPÍTULO V

Monthelón.—Nuevas pruebas de la señora de Chantal.—San Francisco de Sales predica la Cuaresma en Dijón.—San Francisco de Sales considerado como director.

1602-1604

EL año 1602 terminaba cuando la señora de Chantal y sus cuatro hijos llegaron á Monthelón. El castillo era más viejo y sombrío que el de Bourbilly, medio hundido en la tierra, rodeado por todas partes de fosos profundos y de torres. El Barón de Chantal, que había contraído muchas deudas para herosear á Bourbilly, no pudo restaurar á Monthelón, y se había contentado, al venir á vivir en él en 1592, después del matrimonio de su hijo, con hacer esculpir sobre la puerta principal las armas de su familia, con su gran cordón del orden de San Miguel, y esta divisa en latín y francés: *Virtus vulnere virescit. La virtud se aumenta con las llagas*. Cuando se piensa en los años de dolor que la señora de Chantal pasará en este castillo, en las humillaciones que sufrirá y en los progresos admirables que hará en la virtud, no es posible fijar los ojos en esta inscripción, que aún subsiste, sin sentirlos mojados con lágrimas involuntarias, pues más que inscripción ó divisa, era una verdadera profecía. El anciano Barón de Chantal, que iba á ser la causa de tantos dolores para nuestra Santa, tenía, sin embargo, algu-

nas buenas cualidades. Era un hombre franco, desinteresado y valiente, que se había distinguido en el ejército, y que había conquistado la estimación y aun el afecto de Enrique IV, pero lleno de una vanidad ridícula y pueril que le quitó mucha consideración, y de una violencia de carácter que hizo daño á su fortuna. La vanidad le había entrado con la sangre, porque era defecto hereditario en la familia de los Rabutín. Menester es oír en este punto al Conde de Bussy, uno de los vanidosos de la familia, burlándose graciosamente de la multitud de blasones, armas y divisas con que los Cristóbal y los Guy tapizaron el castillo de Bourbilly. «Fui allí con la familia, y ésta quedó tan satisfecha de la casa como yo—escribe á la Marquesa de Sevigné.—Los Rabutín vivos, viendo tantos escudos, se estimaron doblemente, conociendo con esto el grande aprecio que los Rabutín muertos hacían de su casa. Pero todos nos reímos de buena gana viendo al bueno de Cristóbal de rodillas, el cual, después de haber puesto sus armas en mil lugares y de mil modos diferentes, se había hecho hacer un traje con ellas. Ya creeréis fácilmente, hermosa prima, que Cristóbal tendría su sello, y que sus armas se verían en su vajilla, en las gualdrapas de sus caballos y en sus carruajes; por mi parte pondría la mano en el fuego.» Este buen Cristóbal, que llevaba un vestido todo lleno de sus armas, era el padre de nuestro anciano Barón, y éste, formado en su escuela, había aprovechado en ella más de lo que era menester.

En cuanto á su violento carácter, sobrepujaba á su vanidad, habiéndole comprometido en una porción de desafíos y golpes de mano que le habían hecho el terror de la comarca. A consecuencia de uno de ellos, había sido condenado á muerte por contumaz y culpable de dos asesinatos, y no había escapado del suplicio sino á favor de las guerras de la Liga, durante las cuales verdaderamente expió su falta con nobleza. La edad no

había aplacado esta violencia, pero la había dado otro carácter: su mal humor perpetuo y sus accesos de cólera hacían temblar á cuantos vivían á su lado.

Dios, que ha querido que la dulzura fuese la amable compañera de la fortaleza, ha querido también, por justo castigo, que la violencia vaya seguida de la debilidad. Este anciano sombrío, delante del cual todo debía doblegarse, había caído bajo la dependencia de una criada, sin cuyo consentimiento no se hubiera atrevido á dar un paso ni hacer el menor movimiento: le había dominado de tal modo, que mandaba en el castillo como si fuese la señora y dueña de él (1), habiéndose instalado hacía largo tiempo con sus cinco hijos en casa del Barón, cuyos bienes dilapidaba con desvergüenza. Todo el mundo lo veía y en todas partes se murmuraba; algunas personas trataron de hacer observaciones moderadas; pero, como sucede generalmente, el anciano Barón no quería ver ni oír nada.

Apenas llegó la señora de Chantal, cuya primera ojeada era á un tiempo justa y pronta, y que poseía en alto grado las cualidades de una señora de su casa, conoció al instante que se despilfarraban los intereses de su suegro, y trató de hacer algunas pequeñas observaciones; pero la criada, descontenta de la llegada de nuestra Santa, y temiendo que ésta pudiese echarla, había prevenido el ánimo del Barón en contra de su nuera. Algunas palabras dichas por ésta unos días después con la mayor humildad, provocaron una escena muy violenta. La señora de Chantal comprendió al instante la cruz á que tenía que resignarse. Por su parte, la criada, envalentonada con sus primeros triunfos, no se contentó, y llegó hasta ser insolente. De allí en adelante la señora de Chantal fué tratada como una extraña que se

(1) *Proceso de canonización. Declaraciones de la Hermana de Leschereines y de la Hermana Grandis, super art. 54. Memorias manuscritas de la Hermana Angélica de la Cruz.*

admite en el hogar doméstico, pero con quien nada se trata ni consulta. «La criada tomó tal autoridad—dice la Madre de Chaugy,—y hacía valer de tal modo la superintendencia que se había abrogado, que la humilde nuera no se hubiera atrevido á dar un vaso de vino á un correo sin que ella lo mandase (1).» «Siete años enteros—dice el P. Fichet—pasó nuestra Santa bajo la fécula de una insolente bribona que gobernaba toda la casa del Barón sin permitirle ni aun crédito para disponer de un rublo (2).»

Sujeta y aun injuriada en el castillo de Monthelón, la señora de Chantal se manifestó grande, y más grande que cuando era feliz y dueña de todo en Bourbilly. Unicamente ocupada en su grande obra, la conversión de su suegro y la de su indigna criada, se dedicó á vencer á uno y á otra á fuerza de dulzura. No había pasos ni sacrificios que la pareciesen costosos, con la esperanza de que se volviesen á Dios. Llegó á tan alto grado de heroísmo, que cuidaba á los hijos de esta mujer como á los suyos propios, tomándose el trabajo, no sólo de instruirlos, sino también vistiéndolos algunas veces, peinándolos, limpiando sus vestidos y haciéndoles con sus manos los más bajos servicios.

Sin embargo, estos actos la costaban grandes combates, y sobre todo, en los principios de una vida tan humillada, en que toda su sangre se rebelaba. Confesó ella misma que cuando veía á los hijos de esta criada andar á la par con los suyos, y algunas veces serles preferidos, se llenaba de indignación. Pero ahogando los gritos de la naturaleza, no oponía á los insultos é insolencias sino un corazón manso y un rostro afable. Un día, hablando de esta criada, algunas personas dijeron que en cuanto muriese el Barón de Chantal cor-

(1) *Memorias*, pág. 38.

(2) *Vida de Santa Juana Francisca de Chantal*, pág. 28.

tarian la nariz á esta mujer, y la echarían á los fosos del castillo por encima de las torres. «¡Oh, no—respondió,—yo sería su salvaguardia! Si Dios se sirve de ella para imponerme la cruz, ¿por qué no la he de aceptar?» Y en otra ocasión, murmurando una persona, y diciendo que por qué, teniendo nuestra Santa tanta aptitud para dirigir una casa, había de estar en Monthelón privada de este ejercicio: «Dios lo quiere así—dijo la Santa—para que tenga más tiempo de ocuparme en mis ejercicios de piedad.»

Observaba con su suegro la misma conducta. Aprovechaba cuantas ocasiones se presentaban para hacerle bien, y ninguna violencia fué capaz de disminuir su respeto ni desanimar su paciencia.

A motivo tan elevado se unía otro que, como el primero, la sirvió de ayuda para sufrir heroicamente esta vida durante siete años. Naturalmente era orgullosa; con la sangre había heredado de sus antepasados un no sé qué de altivo y dominante (1), que quería ahogar á toda costa, y nada le parecía más á propósito para conseguir la virtud de la humildad, que vivir en una casa donde las humillaciones eran para ella el pan cotidiano. Lo logró, en efecto, y tanto, que no es fácil explicarlo. En esta durísima escuela, mejor que en el más severo noviciado, quiso Dios que adquiriese esta grande humildad y perfecta obediencia, que bajo la mano de San Francisco de Sales serán después instrumentos de grandes cosas.

Con estos pensamientos y deseos de humildad, hizo la señora de Chantal, en el mes de Abril de 1603, un acto de grande importancia. En el siglo XVII estaba aún el mundo como en la Edad Media, poblado de jóvenes, viudas y casadas, que detenidas en el siglo por la edad

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 399. «Como dice nuestro Santo Padre, nuestra bienaventurada Madre tenía naturalmente un carácter dominante.»

ó el deber, se asociaban á las oraciones y penitencias de las grandes Ordenes religiosas, aceptaban su regla, su oficio, su espíritu, y aun parte de su traje, con la condición de participar de sus méritos y buenas obras, y no pudiendo ir al retiro de sus monasterios, los llamaban, y en cierto modo los introducían en el hogar doméstico.

Dos Terceras Ordenes eran las más populares entre todas: la de Santo Domingo y la de San Francisco; la primera inclinaba especialmente á las almas á la penitencia; la segunda á la humildad y á la pobreza. La señora de Chantal prefirió esta última, y se hizo recibir en ella el 6 de Abril de 1603 (1).

(1) Véase la carta de hermandad que después de la ceremonia de recepción la entregó el P. de Tournon, Provincial de León, y cuyo original se presentó á los comisarios apostólicos cuando el proceso de canonización.

*Carta de hermandad de la señora Juana Francisca Fremiot
al Orden de Capuchinos.*

«A la devota viuda señora doña Juana Francisca Fremiot, Baronesa de Chantal, el Hermano Antonio de Tournon, Provincial del Orden de Menores, nombrados Capuchinos, en la provincia de San Buenaventura, salud en Nuestro Señor Jesucristo.

»Como por concesión de muchos Padres Santos, y particularmente de Urbano V, de feliz memoria, está concedido al General y Provinciales del Orden de frailes menores de San Francisco el admitir y recibir por Hermanos á los que juzguen digno de ello (después de la petición hecha por ellos), y hacerlos participantes de todos los bienes que diariamente se hacen en su Congregación; por tanto, sabedor de vuestra piedad, así como del amor que tenéis á nuestra Congregación, y atendiendo al deseo que habéis manifestado de ser admitida en ella, con el fin de participar de las buenas obras que en ella se hacen, accediendo á vuestra piadosa demanda, os recibo en caridad de Nuestro Señor Jesucristo por hija de nuestra religión, haciéndoos participante del fruto de todas las devociones, sacrificios, oraciones, ayunos, vigili-
as, votos, oficios y otros bienes que la divina Bondad quiere se obren en ella, y á la cual suplico quiera confirmar en el cielo lo que caritativamente os concedemos en la tierra, y que como espero os será concedido si perseveráis en una vida virtuosa y católica, según la promesa que habéis hecho en el santo Bautismo, á lo cual os exhorto; supli-

No se concibe cómo los historiadores han omitido un hecho tan importante y significativo. Cifando su cintura con el cordón de San Francisco de Asís, creía nuestra Santa no ceder sino á su desprecio del mundo y al amor que sentía á la humanidad y á la pobreza; pero, sin saberlo, daba el primer paso hacia la vida religiosa que debía abrazar después, aunque bajo una forma bien diferente, y hacia la cual una mano invisible principiaba á inclinar su corazón y á dirigir la carrera de su vida.

Entretanto, la señora de Chantal seguía sin director. Cuanto más adelantaba en la virtud, más necesidad tenía de un guía; y convencida más y más de que no era posible pasarse sin él, multiplicaba sus oraciones con este fin. Un día que estaba en oración, se sintió de repente arrebatada en Dios, y después de haber pasado largo tiempo en éxtasis: «Me parece—dice—que volvía de otro mundo, donde no había aprendido más que esta sola palabra: «Así como Jesús mi Hijo ha sido obediente, os destino á vos á ser obediente.»

Cuenta también y dice: «Estando en el bosquecillo próximo al castillo de mi suegro en Monthelón, me sentí fuertemente llevada por un impulso interior, y puesta en oración, sin que pudiese yo resistir á ello, como deseaba, para irme á la iglesia que estaba muy cerca. Allí se me hizo conocer que el amor celestial quería consumir en mí todo lo que me era propio, y que pasaría por muchos trabajos interiores y exteriores. Cuando volví en mí, todo mi cuerpo se estremecía y temblaba; pero mi corazón quedó lleno de grandísima alegría en Dios, porque me parecía que sufrir por amor de Dios es

cándoos rogáis á Dios por mí y por nuestra expresada Congregación. En fe y testimonio de lo cual he firmado la presente de mi propia mano, y sellado con el sello mayor de nuestra provincia.

»Dado en nuestro convento de Dijón el 6 de Abril de 1603.» (*Proceso de beatificación*, tom. II, pág. 606.)

el verdadero alimento del amor mismo en la tierra, como lo es en el cielo gozar de Dios, sumo bien (1).»

En medio de estas humillaciones y de estos raptos, apareció, en fin, San Francisco de Sales. Hacía dos años y medio que Dios, digámoslo así, trabajaba en preparar á nuestra Santa Juana Francisca para recibirle. Con este fin la había mostrado su imagen al pie de un montecillo de Bourbilly; después la había dejado tomar un director que no le convenía, pero cuyos defectos habían de tener por resultado hacerla desear con más vehemencia al Santo Obispo de Ginebra, y al mismo tiempo que así avivaba sus deseos, domaba su carácter naturalmente orgulloso en el castillo de Monthe-lón, doblegaba su voluntad, y con pruebas terribles y éxtasis admirables, la modelaba por sí mismo para la obediencia. En 1604 está ya concluida la obra, y puede aparecer San Francisco de Sales. La señora de Chantal está pronta, y lo espera.

Por lo demás, si la señora de Chantal está dispuesta á recibir la dirección del santo Obispo de Ginebra, éste no lo estaba menos para dársela. Hacía también algunos años que Dios le preparaba del mismo modo en la soledad, oración y desasimiento de todo, á este ministerio augustísimo; le colmaba de todos los dones de naturaleza y gracia, y juntaba silenciosamente en su alma las luces y virtudes que forman los verdaderos directores. Después de haber contemplado la acción de Dios en el corazón de la señora de Chantal, es menester que la admiremos ahora en el de San Francisco de Sales. Este delicioso estudio, en lugar de dilatar inútilmente nuestra relación, la prestará un nuevo encanto y un adorno más.

Dejemos á un lado, aunque con sentimiento, para no

(1) Estas visiones las cuenta nuestra Santa Juana Francisca por sí misma en sus *Memorias inéditas*. La Madre Chaugy, que también las cuenta, no hace más que copiarlas de estas *Memorias*, pág. 34.

ser difusos, al apóstol, al predicador, al controversista, al teólogo y aun al místico mismo, y no retratemos sino al director, porque con este título, sobre todo, ejercerá tan alta y saludable influencia sobre la señora de Chantal; y absteniéndonos de hablar más, y omitiendo la larga preparación con la cual le elevó Dios poco á poco á tan altas luces y sublime amor, contentémonos con buscar en sus cartas y en el testimonio de los que le conocieron, cuáles eran con precisión las cualidades, las virtudes y los principios que hacían del Obispo de Ginebra el más perfecto director.

Y primeramente, pocos hombres poseyeron en más alto grado el don de discernimiento de espíritus, es decir, esa mirada fina y profunda que penetra hasta lo más íntimo de las conciencias; esa ciencia infusa, por decirlo así, de los caminos de Dios sobre las almas; y para resumirlo todo en una palabra, esa especie de intuición divina, que es el carácter distintivo de los verdaderos directores. «Tenía ojos de lince para conocer el interior — dice el Ilmo. Camus, Obispo de Belley—y penetraba hasta la división más profunda del alma y del cuerpo (1).» Iniciado por largos estudios en todos los secretos de la vida interior, versado en el conocimiento de los grandes místicos, y lo que vale mucho más, ele-

(1) *El Espíritu de San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, representado en muchas de sus acciones y palabras notables, recogidas de algunos sermones, pláticas, conferencias, conversaciones, libros y cartas*, por M. J. P. Camus, Obispo de Belley: París, 1641: 6 vol. en 8.º Esta obra, sumamente curiosa, en que la verdadera fisonomía de San Francisco de Sales está pintada al natural, ha sido reimpresa recientemente por el Sr. Abate Dépéry, muerto siendo Obispo de Gap. Collot la compendió en el siglo XVIII, y habiendo tenido su edición (París, 1727, en 8.º) un gran éxito, la obra original vino á ser extraordinariamente rara, lo que era tanto más de sentir, cuanto que Collot la alteró mucho queriendo retocarla. Ha sido, pues, un verdadero servicio, hecho á la piedad y á las letras, el restituir á su primitiva integridad esta pintura olvidada, pero muy verídica, de San Francisco de Sales. Citaremos siempre la excelente edición del Ilmo. Dépéry: París, 1840, 3 vol. en 8.º

vado á los más altos grados de oración, San Francisco de Sales adivinaba las almas, según toda la fuerza de la expresión. «Principio por donde acabáis, mi muy querida y verdaderamente amada hija—escribía un día á la Madre Angélica Arnauld de Port-Royal,—porque vuestra última concluye así: *Creo que me conocéis bien*. ¡Oh! sí, ciertamente; es verdad que os conozco bien (1). Y en pocas palabras la revelaba todo el fondo de su conciencia, con una claridad que la llenaba de admiración. Lo mismo sucedía con los demás; y uno de los más bellos espectáculos de esta historia será el ver las luces de San Francisco de Sales sobre las almas que dirigirá. ¿Y qué almas? La señora de Chantal, la señora de Charmoy, la Presidenta Bruslard, las señoritas Favre, de Brechard, de Blonay, de Chatel, tan grandes por su talento, corazón y carácter, y mucho más grandes por la santidad de su vida é íntima unión con Dios.

Estas luces eran tan vivas, que los hombres menos simpáticos (iba á decir hostiles) á San Francisco de Sales, ó por lo menos á su espíritu y á su carácter, se llenaban de admiración. «Ha sido—dice—el señor de Saint-Cyran, uno de esos Obispos singulares que, habiendo sido llamados por la senda más excelente, han merecido sacar de la fuente misma las luces y el conocimiento de la verdad, de que tenían necesidad para guiar y encaminar las almas á Dios; de suerte que aunque les hubiese faltado algún conocimiento necesario, no se les podía imputar á ignorancia, porque habiéndolos puesto Dios en sus cargos, sin quererlos ellos, como personas de inocencia y virtud singular, todo lo que en consecuencia hacían para el bien de las almas estaba bien hecho, aprobado por Dios y por los hombres.» (2)

(1) *Carta de San Francisco de Sales á la Madre Angélica.*

(2) *Cartas cristianas y espirituales del Sr. Juan de Verger de Hau-*

Con estas abundantes luces, se juntaban en San Francisco de Sales dones aún más singulares; su dulzura, primeramente, encantadora. Según expresión de un testigo, es preciso decir que cuanta mansedumbre puede caber en un hombre, estaba reunida en él (1); ó más bien, según otro contemporáneo, «parecía que esta virtud se había revestido en él de figura humana» (2), porque brillaba en su frente, en sus ojos y en sus menores palabras. No era posible acercarse á él sin sentirse atraído y como seducido por la hermosura, y si me atrevo á decirlo así, por la inefable pureza de esta dulzura. Moraba en su alma, no como por desaliento y fruto de una experiencia amarga, ni como por desprecio ó debilidad, sino como una virtud que nada marchita ni nada desluce; todo era verdad, y nada falso había en ella. Así una multitud inmensa y arrebatada por esta misma dulzura, seguía sus pasos y se agolpaba á su confesonario, donde le abrumaban. «Mirad—escribía á nuestra Santa:—tantos hijos se echan en mis brazos, que no tendría fuerzas para sostenerlos si el amor de Dios no me diese vigor.» Pero si las fuerzas le faltaban alguna vez, no perdía jamás la dulzura, la paciencia ni la serenidad suave de palabra y rostro. «Son hijos—decía—que se arrojan á los brazos de su padre. ¿Se enfada una gallina cuando sus polluelos se acogen á un tiempo bajo sus alas? Al contrario, extiende cuanto puede sus alas maternas para cubrirlos á todos; y también mi corazón parece se dilata, á medida que el nú-

ranne... que aún no se han impreso: 1744, 2 vol. en 12°, tom. I, pág. 56. Nótese con qué habilidad y con qué rodeo tan forzado trata el Abate de Saint-Cyran de cubrir al partido Jansenista con la autoridad de San Francisco de Sales: «Aunque les hubiese faltado algún conocimiento necesario (el Jansenismo);» éste *aunque* es graciosísimo; y lo que sigue no lo es menos... «no podría imputárseles; todo lo que hacían estaba bien hecho y aprobado por Dios...»

(1) *Proceso de canonización. Declaración de Lesmontey.*

(2) *Esíritu de San Francisco de Sales*, tom. III, pág. 142.